

VIDAS IMAGINARIAS: FORMAS Y MODELOS DE LAS RELACIONES DE SOLDADOS DEL SIGLO DE ORO

ADRIÁN J. SÁEZ
Université de Neuchâtel

Je suis moy-mesme la matiere de mon livre.

MONTAIGNE, *Les Essais*, «Au lecteur»¹

COMENZAR de entrada con un recuerdo de las *Vies imaginaires* (1896) de Marcel Schwob tiene mucho sentido, porque esta galería de textos biográficos viene al pelo para la cuestión del relato de una vida por dos buenas razones: primero, por la crítica lanzada desde el prólogo contra la biografía al uso, que descarta los elementos íntimos de los personajes, cuando verdaderamente se debería «donner autant de prix à la vie d'un pauvre acteur qu'à la vie de Shakespeare» para hacer semblanzas únicas de quien se tercié; y segundo, porque las licencias se permiten si se tiene en cuenta que «[i]l n'a pas à se préoccuper d'être vrai; il doit créer dans un chaos de traits humains».² Éste es el «método curioso» de Schwob, con un «sabor peculiar» por el «vaivén» entre los personajes reales y «los hechos [...] fabulosos y no pocas veces fantásticos», según bien decía Borges.³

Si la descarada unión de biografía y elementos ficcionales puede parecer un disparate, en realidad esta reflexión juguetona revela una clave fundamental del género más vital: la labor de elaboración, presente en todo relato de una vida, que acerca textos supuestamente veraces a la ficción, asunto que gana fuerza en el caso de la autobiografía por razones obvias. Partiendo de ahí, conviene repasar algunas ideas generales sobre el *récit* autobiográfico para después pasar a un examen panorámico de las relaciones de soldados, un ejemplo privilegiado de relato interesado y retocado de una vida, con la intención de esbozar sus rasgos y variedades principales.

EL ARTE DE UNA VIDA

Puede parecer que contar una vida es lo más fácil del mundo, pero la verdad es que la autobiografía presenta problemas muy variopintos,⁴ pues las más de las

¹ MICHEL DE MONTAIGNE, *Les Essais*, ed. de J. Balsamo, M. Magnien y C. Magnien-Simonin, París, Gallimard, 2007, p. 27.

² MARCEL SCHWOB, *Vies imaginaires*, ed. de J.-P. Bertrand y G. Purnelle, París, Flammarion, 2004, pp. 60 y 59.

³ JORGE LUIS BORGES, *Biblioteca personal*, Madrid, Alianza, 1997, p. 84.

⁴ Ver, a título de ejemplo, MATÍAS BARCHINO PÉREZ, *La autobiografía como problema literario en los siglos XVI y XVII*, en *Escritura autobiográfica. Actas del II Seminario Internacional del Instituto*

veces se mueve en tierra de nadie y de todos por su valor de documento (historia) y monumento (arte).

De hecho, desde el principio las dificultades de todo tipo (definición, corpus, rasgos esenciales, etc.) se suceden y tienden a quedar en el aire, por lo que quizá venga bien ofrecer tres breves apostillas iniciales:

1. Por de pronto, no siempre queda muy claro qué es una autobiografía, pero se suele dar por buena la definición de Lejeune como brújula básica: «récit rétrospectif en prose qu'une personne réelle fait de sa propre existence, lorsqu'elle met l'accent sur sa vie individuelle, en particulier sur l'histoire de sa personnalité», que además debe cumplir con el pacto autobiográfico que marca la identidad entre autor, narrador y personaje.¹
2. Si la idea general parece cristalina, a la hora de la verdad la autobiografía es un cajón de sastre donde caben textos muy variados (cartas, crónicas, diarios, memorias, vidas, etc.) y, pese a todos los pesares, «precisamente por ser un lío refleja fielmente la impresionante cantidad de caos formal que acarrea el hablar sobre uno mismo».²
3. En este sentido, la autobiografía no parece ser un género con todas las de la ley, sino más bien un modelo o una tradición de escritura, toda vez que los textos «se saltaban alegremente las fronteras y distinciones entre las diversas formas de expresión autobiográfica».³ Por eso, desde el ámbito de la historia se prefiere el marbete de “ego-documentos”, que acaso remita demasiado al valor de fuente de la autobiografía, entre otros jaleos que no vienen al caso.⁴
4. De la mano, se entiende que uno de los mayores caballos de batalla sea el fuerte parentesco de la autobiografía con el «roman autobiographique», y, por tanto, con la ficción, como ha vuelto a poner de manifiesto la saga *Mi lucha* (2009-2011) de Knausgård.⁵

De todas estas cuestiones en danza me interesa destacar el concepto de autoría y la elaboración artística: primeramente, la autobiografía es un buen remedio

de *Semiótica Literaria y Teatral*, Madrid, UNED, 1-3 de julio 1992, eds. J. Romera, A. Yllera, M. García-Page y R. Calvet, Madrid, Visor Libros, 1993, pp. 99-106.

¹ PHILIPPE LEJEUNE, *Le pacte autobiographique*, París, Seuil, 1996, 2ª ed. aum., pp. 13-46, p. 14.

² JAMES S. AMELANG, *Comparando la escritura autobiográfica en España e Inglaterra durante la Edad Moderna: ¿qué se debe hacer?*, en *El otro, el mismo: biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, eds. J. C. Davis e I. Burdiel, Valencia, Universitat de València, 2005, pp. 63-72, p. 64. Un ejemplo pintiparado de esta dificultad se halla en la antología *Autobiografías y memorias*, ed. de Manuel Serrano y Sanz, Madrid, Bailly Baillièrre, 1905, que, con un criterio muy alejado de los ahora imperantes en el campo de estudios de la autobiografía con un cierto componente literario, abre excesivamente la manga en la recopilación de textos de reyes, ministros, militares, oradores, etc.

³ JAMES S. AMELANG, *El vuelo de Ícaro: la autobiografía popular en la Europa moderna*, trad. P. Gil Quindós, Madrid, Siglo XXI, 2004, p. 32 (es versión abreviada del original inglés *The Flight of Icarus: Artisan Autobiography in Early Modern Europe*, Stanford, Stanford University Press, 1998).

⁴ JAMES S. AMELANG, *La autobiografía moderna entre la historia y la literatura*, «Chronica Nova», 2006, n. 32, pp. 143-157.

⁵ Con planteamientos paralelos, destaca la naturaleza literaria ELIZABETH W. BRUSS, *L'autobiographie considérée comme acte littéraire*, «Poétique», 1974, n. 17, pp. 14-26.

contra la «mort de l'auteur» decretada por Barthes (1984), porque justamente estos textos buscan las más de las veces fines transitivos, pues pretenden «agir directement sur le réel»,¹ al tiempo que uno de los rasgos fundamentales de toda cultura autobiográfica es la extensión social (de las élites al pueblo) de la autoría autobiográfica;² a la vez, un nudo gordiano de la autobiografía es su relación con la ficción, que tensa el pacto autorial y el natural horizonte de expectativas por el que en principio se confía en un relato que, sin embargo, no dice la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Y no es que la autobiografía se lleve a matar con la literatura, como quería Molino,³ sino que todo *récit de vie* – y especialmente en primera persona – se balancea en el peligroso quicio entre la historia y la poesía, pues con toda la intención el narrador *de soi-même* hace de poeta y «puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser» (*Quijote*, II, 3), según sus intereses.

Por si fuera poco, todo empeora con los textos autobiográficos precedentes a Rousseau (*Confessions*, 1782), que se tiene por el santo padre de la cosa, cuando en verdad no hace más que dar carta de naturaleza a una modalidad de autoescritura ya largamente practicada y conocida. Ni siquiera Lejeune⁴ niega la existencia de una «littérature personnelle» previa o fuera del canon europeo, pero se despidió con una coda que ha hecho mucho daño sobre la visión anacrónica o impertinente del concepto de autobiografía fuera del campo habitualmente delimitado.

Et voilà: de un plumazo aparentemente simpático se borra para siempre jamás toda la expresión autobiográfica de los siglos XVI y XVII, a cuyos responsables en el mejor de los casos se les concede la condición de precursores, pero no más. Y menos todavía para España, que carecía de “memorias”, porque esta suerte de escritura depende de «la alegría de vivir», y «el español siente la vida como un universal dolor de muelas», en palabras de Ortega y Gasset.⁵

“¡Mentís!”, se podría decir en palabras de la época, pues hay un amplio ramillete de textos autobiográficos en el Siglo de Oro que rápidamente se pueden separar en dos grandes ramas: 1) un grupo de vidas espirituales (religiosas), que se benefician del prestigio del tema sacro y generalmente están dominadas por voces femeninas, pese a que «[l]as mujeres modernas prácticamente no escribieron autobiografías en el sentido estricto del género» y se contentaron con cultivar las cartas, diarios y otros ego-textos,⁶ y 2) otro grupo de autobiografías seculares

¹ ROLAND BARTHES, *La mort de l'auteur*, en *Le bruissement de la langue: Essais critiques IV*, París, Seuil, 1984, pp. 63-69, p. 61.

² JAMES S. AMELANG, *Comparando la escritura autobiográfica...*, cit. Además, se da la paradoja de que esta teoría corriera pareja con el apogeo de las revisiones críticas sobre la autobiografía. Véase JAMES S. AMELANG, *La autobiografía moderna...*, cit., p. 148.

³ JEAN MOLINO, *Strategies de l'autobiographie au Siècle d'Or*, en *L'Autobiographie dans le monde hispanique. Actes du colloque International de la Baume-les-Aix, 11-13 mai 1981*, Aix-en-Provence, Université de Provence, 1982, pp. 115-137, p. 131.

⁴ PHILIPPE LEJEUNE, *op. cit.*, pp. 13-14.

⁵ JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Sobre unas “Memorias”*, en *Obras completas*, III, Madrid-Santander, Aldus, 1947, pp. 584-588, pp. 585-586.

⁶ JAMES S. AMELANG, *La autobiografía moderna...*, cit., p. 155. Sobre esta regla parcial de «la inhibición masculina concerniente a la auto-escritura espiritual en España», ver JAMES S. AMELANG, *Comparando la escritura autobiográfica...*, cit., p. 71.

que a primera vista puede parecer un cajón de sastre que – sin mucho ton ni son – abraza ciertas crónicas, epístolas, textos bufonescos y relaciones (“relatos”) de vidas de cautivos y soldados, en un conjunto abigarrado de esquemas y géneros que conviene examinar con cuidado porque hay tantas similitudes para unirlos como diferencias para separarlos.¹ Acaso el santo y seña principal de toda esta galería de autobiografías – con más o menos comillas según los casos – sea el asalto a la expresión primopersonal de historias alejadas del prestigio sacro, lo que, por lo tanto, les empuja a buscar y construir su razón de ser (su *auctoritas*) en otro lugar. En este contexto, me interesan los textos soldadescos porque se sitúan en el centro de las cuestiones centrales de la autobiografía en la Edad Moderna, según paso a comentar seguidamente en cuanto a 1) rasgos fundamentales y relaciones genéricas, y 2) patrones posibles, dejando para mejor ocasión una reflexión sobre las estrategias autoriales adoptadas.

SOLDADOS DE PAPEL: ELEMENTOS Y MODELOS

En breve, las relaciones soldadescas son un modelo de narración autobiográfica sobre la vida a salto de mata de los militares de la época, que responde a una moda – no sólo literaria – por la que los autores presentan su *curriculum* bélico en búsqueda del justo pago por sus servicios a la corona.² Amén de otras cosas, estos textos reflejan el triunfo del autor como entidad organizadora del discurso, pues la conformación de este nuevo modelo narrativo tiene lugar justamente en medio de derrotas, cuando ya no se puede contar la vida de los héroes.³

Desde luego, estos relatos acerca de armas y guerras derivan de una tradición muy añeja que enlaza con la épica clásica y que pueden recordar los *Comentarios sobre la guerra de las Galias* de Julio César, pero hay tres rasgos capitales que les conceden valor *per se*:

1. La perspectiva primopersonal, que concede voz a los personajes en cuestión

¹ Véase VICTORIANO RONCERO, *Autobiografías del siglo XVII: Duque de Estrada, Estebanillo González (Poesía e historia)*, «Príncipe de Viana», 1996, n. 17, pp. 281-296; el autor precisa que siempre se trata de ingenios que escriben desde el margen (pícaros, santos, etc., p. 283), mientras que para Castillo Gómez son «autógrafos comunes» (como los artesanos) (ANTONIO CASTILLO GÓMEZ, *Leer y oír: ensayos sobre la lectura en los Siglos de Oro*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2016, pp. 169-178). Véase también ALFRED MOREL-FATIO, *Soldats espagnols du XVII^e siècle: Alonso de Contreras, Miguel de Castro et Diego Suárez*, «Bulletin Hispanique», 3, 1901, n. 2, pp. 135-146.

² Véase MARGARITA LEVISI, *Autobiografías del Siglo de Oro: Jerónimo de Pasamonte, Alonso de Contreras, Miguel de Castro*, Madrid, SGEL, 1984, y *Golden Age Autobiography: The Soldiers*, en *Autobiography in Early Modern Spain*, eds. N. Spadaccini y J. Talens, Minneapolis, The Prisma Institute, 1988, pp. 97-117. También ALESSANDRO CASSOL, *Vita e scrittura: autobiografie di soldati spagnoli del Siglo de Oro*, Milano, LED, 2000, FRANCISCO ESTÉVEZ, *Asedio genérico a las relaciones soldadescas del Siglo de Oro*, en «*Scripta manent*». *Actas del I Congreso Internacional Jóvenes Investigadores Siglo de Oro, JISO 2011*, eds. C. Mata Induráin y A. J. Sáez, Pamplona, Universidad de Navarra, 2012, pp. 173-184 (BIADIG, 10, en red), *La cuestión autobiográfica y el caso de la “Vida del capitán Domingo de Toral y Valdés”*, «Rilce», 28, 2012, n. 1, pp. 125-141, y MIGUEL MARTÍNEZ, *La vida de los héroes: épica y autobiografía en el Mediterráneo Habsburgo*, «Caliope: Journal of the Society for Renaissance and Baroque Hispanic Poetry», 19, 2014, n. 1, pp. 103-128.

³ MIGUEL MARTÍNEZ, *loc. cit.*

sin disfraz alguno (como la máscara de la tercera persona) y los convierte en narradores infidentes que hacen saltar las alarmas de la duda.¹

2. El interés mundano, pues los militares en cuestión persiguen una recompensa contante y sonante (en forma de ascensos, sueldos, títulos y demás) por sus hazañas, fortunas y adversidades, más allá de la esforzada construcción de una imagen pública y la fijación de una determinada – y siempre favorable – visión de los hechos, que también está presente, por supuesto.
3. El protagonismo de soldados de tejas abajo, de hombres de armas de la tropa que las más de las veces alcanzan el estatuto de capitán, pero que en todo caso permanecen muy lejos de los héroes y reyes que dominaban por norma general todo texto bélico que se preciara, y que, por lo tanto, representan la aparición de un nuevo sujeto moderno marcado por la profesionalización y otra forma de narración aneja.²

De esta nueva perspectiva a ras de suelo hay una temprana reclamación en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1632) de Díaz del Castillo, que defiende el lugar de los soldados en los relatos de la conquista en un diálogo con dos licenciados que enjuician internamente la obra y que vale tanto para lanzar una crítica directa contra las visiones de segunda mano de las crónicas (Gómara, Illescas) como para justificar la narración en primera persona, sin credenciales de testigos y otras zarandajas:

le parece que me alabo mucho en lo de las batallas y guerras que me hallé y servicios que he hecho a Su Majestad, y que otras personas lo habían de decir, que no yo.³

vine a descubrir Nueva España dos veces primero que no él y la tercera vez volví en su compañía, y como testigo de vista me vio batallar en las guerras como muy esforzado soldado y salir malamente herido así en la toma de México como en otras muchas conquistas.⁴

Aunque, por si acaso, Díaz del Castillo presenta cartas de favor de capitanes, Cortés y hasta el emperador Carlos V, prosigue con unas palabras que son oro puro:

Y también digo que los que no lo saben ni vieron ni entendieron ni se hallaron en ello, en especial cosas de guerras y batallas y tomas de cibdades, ¿cómo lo pueden loar y escribir sino solamente los capitanes y soldados que se hallaron en tales guerras juntamente con nosotros? Y a esta causa lo puedo decir tantas veces, y aun me jatancio dello. [...] Lo que veo destes escritos en sus corónicas solamente es en alabanza de Cortés, y callan y encubren nuestras ilustres e famosas hazañas, con las cuales ensalzamos al mismo capitán en ser marqués y tener la mucha renta y fama y nombradía que tiene. Y estos que escribieron es que ni se hallaron presentes en la Nueva España; y sin tener verdadera relación, ¿cómo lo podían escribir sino a sabor de su paladar, sin ir errados, salvo que en las pláticas que tomaron del mismo marqués?⁵

¹ Véase ADRIÁN J. SÁEZ, *Acerca del narrador infidente cervantino: “El casamiento engañoso” y el “Coloquio de los perros”*, «Anuario de Estudios Cervantinos», 2011, n. 7, pp. 189-209.

² Con todo, Miguel Martínez (*loc. cit.*, p. 108) precisa que «los soldados eran los autores y narradores de la historia, pero no sus protagonistas como individuos».

³ BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. de Guillermo Serés, Madrid, RAE, 2011, p. 1069.

⁴ *Ibidem*, pp. 1069-1070.

⁵ *Ibidem*, pp. 1073-1074.

Con este parlamento se prueba el surgimiento de una nueva voz narrativa que gana legitimidad por la experiencia directa, según una norma fundamental que se repite en todas las vidas soldadescas y que sanciona el capitán cautivo de Cervantes, perfecta piedra de toque de la poética narrativa de las autobiografías militares coetáneas. De hecho, según he tratado en otros lugares, la narrativa cervantina experimenta de diversas maneras con el modelo soldadesco tanto en algunas *Novelas ejemplares* (algo en *El licenciado Vidriera* y sobre todo en *El casamiento engañoso* y un breve lance del *Coloquio de los perros*) como especialmente en el *Quijote* (I, 39-41) con el relato del capitán cautivo.¹

El *décalage* entre la redacción (1575) y la aparición (1632) de la crónica de Díaz del Castillo es – amén de otras cuestiones – sintomático de la naturaleza textual de las relaciones soldadescas en su doble condición manuscrita y documental. Efectivamente, estos textos por norma general permanecen en forma manuscrita porque domina el fin inmediato, salvo un par de honrosas excepciones (la *Suma* de García de Paredes² y el *Viaje del mundo* de Ordóñez de Ceballos, 1580 y 1614, respectivamente), y solamente Pasamonte hace referencia al deseo y la posibilidad de publicar su *Vida y trabajos*: aunque niega «pretender ni haber ninguna vanagloria», afirma que en el arzobispado de Nápoles le «daban licencia si lo quería imprimir», y más adelante reitera su deseo de dar a la imprenta una segunda parte («otros mayores [trabajos] y de nueva impresión se habrán de escribir»).³ Que se quedara con las ganas puede tener que ver con la sátira del *Quijote* (I, 22) contra la *Vida de Ginés de Pasamonte*, de acuerdo con la costumbre cervantina de pasar factura a ciertas prácticas literarias coetáneas a toro pasado, tanto por razones estéticas como personales (relacionadas con el campo literario), más que biográficas.

En todos los casos, además, hay huellas claras de la cara documental de estas relaciones:

1. Para empezar, son textos condicionados que, si bien pueden dejar volar la imaginación, carecen de autonomía absoluta porque se construyen de acuerdo con una serie de prácticas burocráticas que los marcan a fuego,⁴ de modo que la originalidad no era siempre – ni mucho menos – la meta principal de estos escritos, sino la fidelidad a una serie de patrones bien conocidos.

¹ ADRIÁN J. SÁEZ, «Pata es la traviesa»: la cortesana Estefanía, el engaño mutuo y la sífilis en “El casamiento engañoso”, «Anales Cervantinos», 2011, n. 43, pp. 163-180, *De soldados, putas y sífilis: modelos y géneros literarios en torno al alférez Campuzano en “El casamiento engañoso”*, «Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America», 34, 2014, n. 1, pp. 41-57, y *Vida del capitán Ruy Pérez de Viedma: la autobiografía soldadesca en “Don Quijote” (I, 39)*, «Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America», 36, 2016, n. 1, pp. 85-104.

² DIEGO GARCÍA DE PAREDES, *Suma de las cosas que acontecieron a Diego García de Paredes y de lo que hizo*, en ANTONIO SÁNCHEZ JIMÉNEZ, *El Sansón de Extremadura: Diego García de Paredes en la literatura española del siglo XVI*, Newark, Juan de la Cuesta, 2006, pp. 33-88.

³ JERÓNIMO DE PASAMONTE, *Vida y trabajos*, ed. de J. Á. Sánchez Ibáñez, A. Martín Jiménez, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2015, pp. 133 y 203, en red.

⁴ CECILIA TARRUELL, *Memorias de cautivos, 1574-1609*, en *Memòria Personal: una altra manera de llegir la història*, eds. O. Jané, E. Miralles e I. Fernández, Barcelona, Bellaterra, 2013, pp. 83-97, p. 84.

2. De origen inicialmente oral,¹ pasan del ámbito privado al público por el trámite de otros documentos que los convierten en mensajes lanzados en botellas: «a number of public autobiographers are known to be based on diaries, account books, and other more private forms of writing belonging to their authors», pero por desgracia «[y]et there are many instances in which all we have is the finished autobiographical text, with none of the earlier supports», lo que «occurs with special frequency when the finished text survives in printed form».²
3. La base en otros textos previos (como la «Información testimonial» de los servicios de García de Paredes y el «Discurso de la vida del autor por anales, en suma» de Duque de Estrada) hace que no sean documentos *stricto sensu* y que incida en el mayor grado de elaboración artística de las relaciones, que, por cierto, mencionan repetidamente memoriales y otros papeles probatorios autoriales y ajenos: Contreras da noticia de sus papeles de servicios como lo más valioso de su hacienda y presenta un memorial sobre el episodio de Hornachos y otro para el puesto de almirante,³ mientras Toral y Valdés da todo lujo de detalles al final de su *Vida* (1636-1640, manuscrito):

presentéme ante Su Majestad en su Consejo de Portugal; hablé al rey y al conde de Olivares dos veces, respondiéndome que ya le había escrito al consejo el virrey que venía. Presenté los papeles de mis servicios y agravios que me había hecho, todos justificados en Goa y respondidos por él, que yo guardaba cautamente una fe suya de ocho servicios particulares que había hecho por órdenes suyas; otra del consejo de estado de la India, sin otras de otras personas; otra fe de cómo no me había hecho en todos estos servicios merced ninguna, con que parece que el conde y el consejo se dieron por satisfechos, y a mí por disculpado.⁴

El paso siguiente es el premio, que la mayoría de las veces no satisface las peticiones de los soldados, quienes se lamentan continuamente del mal pago recibido por sus servicios en un gesto que puede tener tanto de realidad como de lamento retórico.

En compensación, la *Historia de la monja alférez* es un ejemplo extremo de la función y el éxito de las vidas soldadescas, ya que logra mercedes del rey y el papa, con lo que supera en mucho al resto de compañeros de profesión:

Víneme a Madrid, presentéme ante Su Majestad suplicándole premiase mis servicios, que expresé en un memorial que puse en su real mano. Remitióme Su Majestad al Consejo de Indias: allí acudí y presenté los papeles que me habían quedado de la derrota. Viéronme aquellos señores, y, favoreciéndome, con consulta de Su Majestad, me señaló ochocientos

¹ MARGARITA LEVISI, *Autobiografías del Siglo de Oro...*, cit., p. 238.

² JAMES S. AMELANG, *A Room of One's Own: Keeping Writings Private*, en *Les écrits du for privé en Europe du Moyen Age à l'époque contemporaine: recenser, analyser, éditer*, eds. J.-P. Bardet, E. Arnoul y E.-J. Ruggiu, Burdeos, Presses Universitaires de Bordeaux, 2010, pp. 175-184, p. 179.

³ ALONSO DE CONTRERAS, *Vida de este capitán*, prólogos de J. Ortega y Gasset y A. Pérez-Reverte, Barcelona, Reino de Redonda, 2008, pp. 159, 178-179 y 219-220, respectivamente.

⁴ DOMINGO DE TORAL Y VALDÉS, *Relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés*, ed. de G. González de Vega, Madrid, Miraguano, 2016, p. 215.

escudos de renta por mi vida, que fueron poco menos de lo que yo pedí. Lo cual fue en agosto de 1625.¹

Besé el pie a la santidad de Urbano VIII, referíle en breve y lo mejor que supe mi vida y corridas, mi sexo y virginidad; y mostró su santidad extrañar tal caso, y con afabilidad me concedió licencia para proseguir mi vida en hábito de hombre, encargándome la prosecución honesta en adelante, y la abstinencia en ofender al prójimo.²

Así, el estatuto de las relaciones soldadescas es semiprivado, entre el origen privado y el fin público, si bien Amelang ya advierte que «private writing was never strictly private».³

Otros tres problemas anejos salen al paso: primero, las posibles mediaciones (escribanos, procuradores y otros agentes) en la gestación de los textos, que son muy difíciles de detectar y difuminan la presencia autorial;⁴ segundo, las escasas marcas sobre las condiciones de escritura de las relaciones soldadescas, pues en principio la vida a salto de mata del ejército no se prestaba a la tranquilidad reclamada por varios autonarradores; y, tercero, se encuentra la conservación desigual de las relaciones, que viene determinada por los “accidentes de la autobiografía”, aunque en general «ego-documents have enjoyed a fairly low survival rate».⁵

Si bien se mira, la mixtura parece una marca esencial de las vidas de soldados, que se complacen en aprovecharse de elementos de aquí y allá para armar un modelo narrativo que carece de modelos canónicos. Por ello, las relaciones soldadescas se sitúan en un cruce de géneros:

1. Cartas, crónicas, relaciones de servicios y otros ejemplos de tempranas prácticas burócraticas que reflejan a las claras asomos de nuevos sujetos en la tensión entre la presión administrativa y la invención (auto)biográfica: de hecho, Pasamonte considera que su relato va en «epístolas»⁶ y los papeles se arremolinan de texto a texto.⁷
2. Las relaciones de sucesos con todas sus variedades, una suerte de periodismo *avant la lettre* que responde al gusto común por las experiencias portentosas, los viajes⁸ y demás cuestiones: por ejemplo, se pueden destacar dos relaciones que certifican y amplían el alcance de los hechos de la monja alférez.⁹

¹ CATALINA DE ERAUSO, *Historia de la monja alférez*, ed. de Á. Esteban, Madrid, Cátedra, 2006, 2ª ed., p. 169.

² *Ibidem*, p. 173.

³ JAMES S. AMELANG, *A Room of One's Own...*, cit., p. 184. En otro lugar, Margarita Levisi (*Autobiografías del Siglo de Oro...*, cit., p. 235) afirma su naturaleza privada.

⁴ Véase CECILIA TARRUELL, *Memorias de cautivos...*, cit., p. 90. En opinión de Amelang «[l]a ayuda y la intervención ajenas en la elaboración textual fue característica habitual de la escritura moderna» (JAMES S. AMELANG, *El vuelo de Ícaro...*, cit., p. 48).

⁵ JAMES S. AMELANG, *A Room of One's Own...*, cit., pp. 179-180.

⁶ JERÓNIMO DE PASAMONTE, *op. cit.*, p. 133.

⁷ Véase ROBERT FOLGER, *Picaresque and Bureaucracy: “Lazarillo de Tormes”*, Newark, Juan de la Cuesta, 2009, y *Writing as Poaching: Interpellation and Self-fashioning in Colonial “Relaciones de méritos y servicios”*, Leiden, Brill, 2011; también PIERRE DARNIS, *Génesis de la picaresca, absolutismo e individuo en las “Vidas” de Lázaro de Tormes y Guzmán de Alfarache*, «Creneida: Anuario de Literaturas Hispánicas», 2014, n. 2, pp. 316-348, en red.

⁸ FRANCISCO ESTÉVEZ, *El viaje como eje vertebrador en la relación soldadesca “Vida de Domingo de Toral y Valdés”*, «Hispania Felix», 2011, n. 2, pp. 129-144.

⁹ Véase GABRIEL ANDRÉS, *Construcciones autobiográficas y relaciones de sucesos sobre la Monja*

3. Las historias de cautivos, que en realidad constituyen otra cara de la moneda soldadesca, muchas veces desgraciadamente complementaria – y no siempre se puede establecer una neta división entre ambos patrones narrativos –, que comparten forma y se diferencian sólo en el contenido: así, el inicio militar de Diego Galán es sólo la puesta en marcha de una historia de encierro anunciada desde el título (*Relación del cautiverio y libertad*, que pasa a *Cautiverio y trabajos* en la segunda versión) y Pasamonte tiene más de prisionero («cautivo de turcos») que de soldado buscavidas, mientras que el capitán cautivo cervantino entrecruza ambos esquemas (*Quijote*, I, 39-41).¹
4. Especialmente rica es la red intertextual con la novela picaresca, que principia por la confesión de algunos modelos (Torral y Valdés se dice «otro Lazarillo de Tormes») y se extiende a motivos (lances barriobajeros, la dinámica de servicio a varios amos, la itinerancia como forma de vida, etc.) y mecanismos narrativos comunes, dentro de una búsqueda paralela y entrecruzada de la narración autobiográfica.²

En algunos casos, además, el final de una vida de aventuras más o menos desgraciadas consiste en una conversión religiosa (Pasamonte, Duque de Estrada y algún otro), la cual se puede ver como el remate ideal de una vida heroica, que conecta tanto con la autobiografía espiritual como con la variante del pícaro a lo divino.³ Sea como fuere, la conexión con otras modalidades textuales vale como una ventana a las prácticas lectoras de los soldados y refleja el vínculo con la escritura,⁴ y asimismo advierte de la falta de un patrón definido para el relato primopersonal, que se configura en el espejo de otros géneros.

LA VERDAD DE LAS MENTIRAS: FORMAS DEL PATRÓN SOLDADESCO

Cassol⁵ deslinda acertadamente un primer grupo de soldados que recurren a la escritura de una manera mecánica (García de Paredes y Pedro Gaytán) de otros posteriores con conciencia autobiográfica manifiesta en la construcción de una vida («una biografía di se stessi») (Contreras, Duque de Estrada, Torral y Valdés), pero se pueden trazar otros deslindes.⁶

De antemano conviene distinguir tres niveles en la variedad de formas de las relaciones de soldados, según categoría textual y grado de ficción:

alférez Catalina de Erauso, en *Las relaciones de sucesos en los cambios políticos y sociales de la Europa Moderna*, eds. J. García López y S. Boadas Cabarrocas, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2015, pp. 163-176.

¹ Pasamonte insiste en su condición de «cautivo» durante 18 años (*Vida y trabajos*, cit., pp. 133 y 147).

² Ver ADRIÁN J. SÁEZ, *Dos hombres y un destino: pícaros, soldados y la narración autobiográfica*, en prensa.

³ Al respecto, véase VALENTÍN NÚÑEZ RIVERA, *Cervantes y los géneros de la ficción*, Madrid, Sial, 2015, pp. 274-287.

⁴ Para la biblioteca soldadesca, véase ANTONIO CASTILLO GÓMEZ, *Leer y oír...*, cit., pp. 169-178.

⁵ ALESSANDRO CASSOL, *Vita e scrittura...*, cit., p. 202.

⁶ ALONSO DE CONTRERAS, *Vida de este capitán*, cit., DIEGO DUQUE DE ESTRADA, *Comentarios del desengañado de sí mismo. Vida del mismo autor*, ed. de H. Ettinghausen, Madrid, Castalia, 1982, DOMINGO DE TORAL Y VALDÉS, *Relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés*, ed. de G. González de Vega, Madrid, Miraguano, 2016.

1. Memoriales puros y duros, relaciones de méritos y servicios donde se enumeran las principales bazas de los soldados, como un *curriculum vitae* comentado y convenientemente glosado para solicitar los premios deseados: entre los muchos documentos conocidos, baste mencionar el caso de Manuel Suárez, con una *Relación de servicios* como tantas otras.¹
2. Vidas de soldados, que tienden a ser más extensas y a desligarse de las fórmulas burocráticas para centrarse en el relato de toda suerte de peripecias, según diversos grados de ficción, elaboración retórica, etc.: serían las autobiografías soldadescas canónicas, con Contreras, Duque de Estrada y compañía.
3. Una variante en miniatura de las vidas soldadescas son los relatos insertados en obras mayores, como el prefacio autobiográfico de Diego Suárez Montañés en la *Historia del maestre último que fue de Montesa* (manuscrito, 1604),² que demuestra, entre otras cosas, la vitalidad de los paratextos como portavoces de expresión autorial.³

En general, cada variante soldadesca adopta una estrategia autorial propia, que parte siempre de las reclamaciones más terrenales para interesarse cada vez más por la elaboración artística, empezando por una mayor atención a la forma. La configuración de una nueva conciencia autorial es clara, pero se diferencia de otras muchas tentativas coetáneas en cuanto no busca preferentemente la inserción en el campo literario del momento y, desde luego, no se interesa por los círculos de sociabilidad, el mercado u otros ámbitos de la institución literaria. El soldado es un buen ejemplo de ingenio *amateur*, que escribe guiado por la urgencia de la necesidad y fuera de la norma, desde una periferia que – eso sí – se mira en el espejo del centro cortesano a la caza del reconocimiento. En otras palabras: la defensa del *curriculum* militar es la principal razón de ser de las relaciones y vidas soldadescas, a lo que se añade una conciencia de la escritura y ciertas tácticas de posicionamiento autorial asimilables a los esfuerzos de poetas y otros ingenios.

Cervantes, que se las sabía todas, ofrece buenos ejemplos de cada opción: en su día prueba suerte con la carta de solicitud de merced al Consejo de Indias (1590) acompañada de una hoja de servicios que fue irremediabilmente descartada («Busque por acá en qué se le haga merced»), lo que favorece la reescritura novelesca de las aventuras del capitán Ruy Pérez de Viedma (*Quijote*, I, 39-41), que se vale de la poética *in fieri* de las vidas de soldados, y, finalmente, la breve evocación del prólogo de las *Novelas ejemplares*: «Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo», etc.⁴ La cronología cervantina es sintomática

¹ Se custodia en un volumen de *Papeles varios* de la BNE, signatura Mss. 2436.

² DIEGO SUÁREZ MONTAÑÉS, *Historia del Maestre último que fue de Montesa y de su hermano don Felipe de Borja*, ed. y estudio de Miguel Á. de Bunes Ibarra y Beatriz Alonso Acero, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2004.

³ Véase ADRIÁN J. SÁEZ, *Una vida en el margen: la relación soldadesca de Suárez Montañés, en Guerras de soledad, soldados de infamia: representaciones de combatientes irregulares, clandestinos o mercenarios en la literatura española*, ed. E. M^a Flores Ruiz y F. Durán López, en prensa.

⁴ La petición cervantina se encuentra en el Archivo General de Indias (Patronato, 253, R.1),

del desarrollo del esquema soldadesco: a una primera entrega de memoriales fallidos sigue un relato ficcional (con mucha autonomía narrativa) y una posterior evocación personal en paratexto: tres movimientos de la partitura autobiográfica del Siglo de Oro que demuestran la progresiva evolución artística de las peticiones al uso.

Cabe sin embargo observar que no se da una transformación clara y continua en el tiempo, sino un vaivén constante de esquemas, funciones y sentidos. Si el grupo canónico de soldados (Contreras, Duque de Estrada y el resto de la escuadra) responde a la tipología planteada, al margen de toda tendencia se encuentra la *Vida* (h. 1612-1617, también manuscrita) de Miguel de Castro, que rompe con la habitual pretensión de premios y servicios.¹ La distancia frente al esquema al uso se produce al descartar los hechos de armas y centrarse en el relato de lances galantes y bajobarrieros, con una perspectiva más interna que externa, que le vale ser tenido más por soldado de Venus que de Marte, en feliz expresión de Morel-Fatio.² Casi más que un hombre de armas, Castro es un golfo de marca mayor que se jacta principalmente de sus conquistas amorosas: «Solo de esto tengo que estar contento, que jamás gasté ni me costó cosa que fuese de consideración, así por junto como por menudo, ninguna mujer; antes he recibido que dado solo trabajo y fastidio, puedo decir que pocos han recibido tan malos ratos, días y noches como yo, por este maldito animal».³ Solamente durante un tiempo logra ser bien considerado por el capitán Francisco de Cañas, pero una serie de engaños, deslices y peleas le valen una reprimenda final que sin embargo no surte el menor efecto: «eres intratable, porque ni sirves a derechas, ni aun casi a tuertas, ni haces cosa buena y estás que pareces encantado», de modo que el personaje cobra «poco crédito» y «concubinaria fama» y acaba no creyéndosele en nada.⁴ Así pues, en la autobiografía de Castro se da un decidido alejamiento de la finalidad práctica habitual para dar más espacio a la ficción y a la exploración de otros territorios normalmente escondidos: esa otra cara de la vida soldadesca, llena de corrupciones, defectos, desmanes y amoríos adúlteros y prostibularios. Es cierto que también las narraciones de García de Paredes y Duque de Estrada – que se sitúan antes y después – tienen mucho de fanfarronada e hipérbole, pero permanecen en el ámbito soldadesco en cuanto miran a la cuidada presentación de un perfil heroico que poco o nada importa a Castro. Por esto, en cierto sentido la vida de Castro representa un paso adelante en la configuración de la autonomía ficcional sobre el esquema burocrático de méritos y servicios, pero también un alejamiento radical de las vidas soldadescas, lo cual invita a considerarlo más bien como autor de una novela de aventuras.

que consulto en KRZYSZTOF SLIWA, *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra y de sus familiares*, Texas, Texas A&M University, 2005, pp. 774-775, en red. Para la cita, MIGUEL DE CERVANTES, *Novelas ejemplares*, ed. de J. García López, Madrid, RAE, 2013, prólogo, p. 17.

¹ El texto se conserva en volumen autónomo en la BNE, signatura Mss. 2597. La datación procede de FRANCISCO ESTÉVEZ, en el prólogo a *Vida del soldado español Miguel de Castro escrita por él mismo*, ed. de A. Paz y Meliá, Madrid, Renacimiento, 2013, p. 20.

² ALFRED MOREL-FATIO, *Soldats espagnols du XVII^e siècle...*, cit., p. 142.

³ MIGUEL DE CASTRO, *Vida del soldado...*, cit., p. 72.

⁴ *Ibidem*, pp. 123 y 181.

FINAL

Retomando la pista inicial de Schwob, es claro que las relaciones soldadescas conforman verdaderas vidas imaginarias, pues enhebran lo mejor que pueden los hechos verídicos – que certifican con documentos de todo tipo – con ciertos adornos y toques de ficción. Entre la verdad de la historia, las licencias de la poesía y los intereses más terrenos se forja la primera autobiografía española, que acaso se pueda definir como el modelo autobiográfico más apegado a la vida, pues no sólo deriva de un contexto histórico muy preciso (las mil y una guerras de los siglos XVI y XVII por media Europa), sino que se define – según grados – por el interés y por la escritura condicionada por la burocracia, de modo que la realidad de la época es tanto el acicate como el cortapisas del modelo soldadesco, así como el punto de partida de la variedad de patrones explotados.

Los diferentes modelos aquí señalados pretenden entrar en contacto con la corte, sin que pueda hablarse de un esfuerzo coordinado que mire a la configuración de una institución literaria propiamente dicha. En compensación, se produce un constante y cambiante desarrollo de una nueva subjetividad en perfecta sintonía con otros modelos cercanos. Y es que, por más que se atrevan a lanzarse al mundo de la escritura, los soldados permanecen siempre en un difícil equilibrio, en el que parecen seguir prefiriendo la espada a la pluma, aunque ambas, eso sí, estén siempre más que afiladas.